

## JULIO ROMERO DE TORRES Y LAS TERTULIAS LITERARIAS DE SU TIEMPO

ANTONIO CRUZ CASADO  
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

Una tertulia literaria<sup>1</sup> es un acto social que puede tener contenidos culturales y con frecuencia políticos. La tertulia como reunión de individuos de un nivel social aproximado, que se agrupan periódicamente en torno a una personalidad relevante, fue algo frecuente en los medios culturales europeos<sup>2</sup> durante los siglos XVIII<sup>3</sup> y XIX, y puede considerarse, en cierto sentido, una versión moderna de las antiguas academias literarias<sup>4</sup> que tuvieron lugar en los siglos XVI y XVII, reunidos todos sus componentes en las dependencias de un noble mecenas, bajo la dirección de éste o de algún destacado humanista. Pensemos, por ejemplo, en la academia madrileña del Conde de Saldaña, donde participaron Cervantes y Lope de Vega, o en la que dirigió el humanista sevillano Juan de Mal Lara.

El carácter político de muchas tertulias<sup>5</sup> o cafés decimonónicos, como el de “La Fontana de Oro”, que luego trataría Galdós en su primera novela, va dejando paso a la reunión cultural, literaria o pictórica, que tiene lugar en el primer tercio del siglo XX,

<sup>1</sup> Aproximaciones generales a la cuestión son las de José Luis Urreiztieta, *Las tertulias de rebotica en España. Siglos XVIII-XX*, pról. Enrique Tierno Galván, Madrid, Ediciones Alonso, 1985, y Antonio Espina, *Las tertulias de Madrid*, ed. Oscar Ayala, Madrid, Alianza, 1995.

<sup>2</sup> Entre los numerosos salones neoclásicos europeos se encuentra, por ejemplo, el que se forma en torno a la interesante figura de Madame Du Defand; un tratamiento de este personaje y su ámbito en Benedetta Craveri, *Madame Du Deffand y su mundo*, Madrid, Siruela, 1982, y Madame Du Deffand, *Frivolidad y agonía (Correspondencia)*, pról. Fernando Savater, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1988.

<sup>3</sup> Vid. al respecto, Andreas Gelz, “La tertulia: sociabilidad, comunicación y literatura en el siglo XVIII; perspectivas teóricas y ejemplos literarios (Quijano, Jovellanos, Cadalso)”, en *Cuadernos de estudios del siglo XVIII*, Oviedo, núms. 8-9, 1998, pp. 101-126.

<sup>4</sup> Para el tema, cfr., los estudios clásicos de José Sánchez, *Academias literarias del Siglo de Oro español*, Madrid, Gredos, 1961, y Willard F. King, *Prosa novelística y academias literarias en el siglo XVII*, Madrid, Real Academia Española, 1963.

<sup>5</sup> He aquí lo que escribe Antonio Espina al respecto: “Hubo épocas, en España, en que casi toda la vida nacional se fraguaba en las tertulias. Imaginémoslo lo que éstas fueron y significaron en el siglo XIX. Puede decirse que España entera consistía en un vasto sistema de tertulias que lanzaban sus fueros en múltiples direcciones, chocando unas con otras o confluyendo a veces las principales en una sola dirección para arrollarlo todo a su paso torrencialmente, e imponerse con potencia única. Reuniones tertulianas fueron las camarillas palaciegas, los centros políticos, las redacciones, los cuartos de banderas, el corrillo al aire libre o en torno a la mesa del café, las conferencias “en la cumbre” y los concilábulos en el sótano, la “cacharrería” del Ateneo y el patio de vecindad, el Consejo Bancario y la cuadrilla del Tempranillo en Sierra Morena, el saloncillo del teatro, la trastienda de la botica, las logias, las sacristías, los jueves de la marquesa y los martes de Cachupín... ¡Todo era tertulia y más tertulia! Y a veces ¡qué tertulias!”, *Las tertulias de Madrid*, op. cit., p. 32.

cuyo paradigma puede ser la del Café Pombo, en torno a Gómez de la Serna<sup>6</sup>. Es en esos años iniciales del siglo XX en los que encontramos con frecuencia al pintor cordobés Julio Romero de Torres como asistente y contertulio notorio entre los grandes artistas del período. Y sin duda que su presencia no pasaría desapercibida, tocado, como solía estarlo, con su sombrero cordobés y envuelto en su amplia capa negra. La noche madrileña fue testigo callado de numerosos encuentros de intelectuales de la época. Así recuerda Rafael Cansinos-Asséns, uno de los grandes promotores del ultraísmo, su encuentro con nuestro pintor: “Una noche fuimos a ese café [se refiere al Candelas, o quizás a la horchatería Candelas], del que era asiduo Romero de Torres, el pintor cordobés, el creador de la Musa gitana, que había impuesto con sus cuadros el tipo de la mujer morena, pasional y fatal. Fue para mí una gran emoción, oírle su “buenas noches” con un acento andaluz y estrechar su mano, ancha y ruda, de torero”<sup>7</sup>. Luego Cansinos evoca la inmersión de todos ellos en la noche madrileña: “¡Oh noches de aturdimiento y locura, de impresiones nuevas y cambiantes! Los cafés de la Puerta del Sol, los teatrillos de *varietés*, aquella Loló, que bailaba el *cake-walk*, vestida de muchacho, con su traje de seda roja, su chistera del tío Sam y su bastón... Aquella Loló, con su cara de viciosa, que traía loco al filósofo extremeño [quizás se refiera al escritor Emilio Daguerre, del que ha hablado antes] y lo expoliaba alegremente, dejándolo luego plantado, y en cuya alcoba, oliendo a pachuli y a sudor de mujer, pasé yo la primera noche fuera de mi casa...”<sup>8</sup>.

El encuentro entre Cansinos y Romero de Torres no tiene una fecha muy concreta, pero puede situarse muy a comienzos del siglo XX, hacia 1903, poco después de que apareciese el primer número de la revista *Helios*, auspiciada en parte por Juan Ramón Jiménez, cuestión a la que el escritor sevillano ha dedicado unas páginas anteriores de sus recuerdos. Con todo, hay que tener en cuenta que estas memorias tienen una fiabilidad relativa en lo que a cronología se refiere.

Los cafés madrileños fueron ambientes muy frecuentados por intelectuales y artistas de principios de siglo; su importancia en la gestación y difusión de movimientos y tendencias no se ha destacado bastante, aunque nos consta que los estudiosos del período se han percatado bien de ello. De esta manera escribe Melchor Fernández Almagro: “Gran parte de la historia contemporánea de España se ha producido en los cafés de Madrid, no ya por lo que en ellos se haya gestado, puesto que muchos preparan o sustancian allí sus negocios, sino hasta por lo que hablan: las conversaciones más despreocupadas acaban por gravitar sobre la realidad tanto como los hechos mismos, incluso los procrean. Mucho más claro es esto si lo referimos, en concreto, a los literatos, típicamente locuaces y aficionados a toda suerte de tertulias”<sup>9</sup>. Pero no sólo a los literatos, diríamos nosotros, sino a todos los artistas en general.

Con estas palabras el crítico se está refiriendo concretamente al Nuevo Café de Levante, donde tenía su sede la tertulia dirigida por Valle-Inclán (cuya relación con Romero de Torres ha estudiado bien Mercedes Valverde<sup>10</sup>), pero sus ideas pueden apli-

<sup>6</sup> Entre la numerosa bibliografía, es de referencia obligada el libro de Ramón Gómez de la Serna, *La sagrada cripta del Pombo*, Madrid, G. Hernández y Galo Sáez, 1924.

<sup>7</sup> Rafael Cansinos-Asséns, *La novela de un literato (Hombres, ideas, efemérides, anécdotas). I (1882-1914)*, ed. Rafael M. Cansinos, Madrid, Alianza, 1982, vol. I, p. 176.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 177.

<sup>9</sup> Melchor Fernández Almagro, *Vida y literatura de Valle-Inclán*, Madrid, Taurus, 1966, p. 105.

<sup>10</sup> Nos referimos a su interesante artículo “Ramón María del Valle-Inclán y Julio Romero de Torres”, en *Airiños* (Revista de la Casa de Galicia), Córdoba, núm. 4, 2003, pp. 70-75. Otros estudios anteriores sobre el tema son los de Margarita Santos Zas, “Valle-Inclán, de puño y letra: notas a una exposición de Romero de

carse a muchos otros cafés. Y es que por estos años hay numerosos establecimientos madrileños que mantienen y fomentan su tertulia literaria, entre los que están el Café de Madrid, en la calle Alcalá, donde se reúnen los escritores más relevantes de la generación del 98, la Horchatería Candela, de la misma calle, el ya citado Nuevo Café de Levante, de la calle del Arenal, de gran relevancia no sólo en el terreno de la literatura y las artes, sino también en el de la música (de él comentaba Valle que había tenido más importancia en el arte y en la literatura contemporáneos que dos o tres universidades o academias, sin embargo interrumpe sus tertulias a raíz de la Gran Guerra europea, debido a las constantes discusiones que se entablan entre germanófilos y aliadófilos), el Café de Fornos, situado entre la calle Alcalá y Peligros, con gabinetes reservados y tono europeizante, y algo más tardíamente el Café del Gato Negro, en la calle del Príncipe, junto al Teatro de la Comedia, de rasgos modernistas, cuyo escritor más destacado era Jacinto Benavente. El dramaturgo evoca así las características habituales de este tipo de reunión:

Reunión literaria.

Mal café, mal tabaco,  
salivazos.

¿Conversación?

Un monólogo, otro, otro.

Sólo se dialoga cuando

alguien dice: “¿Sabe usted la  
nueva idiotez de...?”

“Yo sé más...”. “Pues yo...”. “Y yo...”.

Y con el yo...

vuelve el monólogo otra vez<sup>11</sup>.

En el Café Colonial, cerca de la Puerta del Sol, se dan cita escritores y artistas españoles y extranjeros, sobre todo a raíz de la guerra de 1914; su ambiente aparece evocado por el ya citado Cansinos-Asséns en los términos siguientes: “El café Colonial ha sucedido a Fornos como centro de la vida nocturna del Madrid bohemio y artista. A la salida de los teatros, cuando los focos voltaicos de la Puerta del Sol se extinguen con una fulguración de desmayo y los últimos tranvías salen atestados de gente, El Colonial empieza a llenarse de un público heterogéneo, pintoresco y ruidoso. Llegan las artistas de *varietés*, pomposas y risueñas, todavía con el maquillaje de la escena, con sus grandes sombreros, sus trajes llamativos y sus dedos cuajados de sortijas, escoltadas como duquesitas dieciochescas por su corte de admiradores, señoritos juerguistas, viejos calaveras que todo el mundo conoce por su dinero, periodistas, agentes de *varietés*, vendedores de joyas, autores de cuplés, pequeños compositores, y mujeres viejas, con aire de falsas madres que a veces lo son de verdad... y descubren el fondo de miseria, de

Torres”, *Anales de la Literatura Española Contemporánea* (Boulder-Colorado), Extraordinario dedicado a “98, Fin de Siglo y Modernidad”, 23, 1, 1998, pp. 405-450, y María Fernanda Sánchez Colomer, “Una estética y un corazón *sonoros*: nota al artículo de Margarita Santos Zas sobre Valle-Inclán y Romero de Torres”, en *Revista de estudios sobre Ramón del Valle-Inclán. El Pasajero*, 2005 (<http://www.elpasajero.com/indice.htm>). Por otra parte, existe un librito, poco mencionado, en el que diversos escritores tratan de Romero de Torres: Gregorio Martínez Sierra, Valle-Inclán, Benavente y Manuel Abril, *Julio Romero de Torres*, Madrid, Estrella, s.a.

<sup>11</sup> Jacinto Benavente, *Poetas, Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1956, tomo X, p. 935.

donde ellas han salido”<sup>12</sup>.

Y, tras dar un repaso a muchos de los asiduos a este café, concluye su recuerdo nostálgico: “¡Noches del Colonial!... Noches de aturdimiento, de embriaguez egolátrica, de sueños quiméricos, en que ya se cree tener en las manos la gloria y el amor... y de donde se sale con el alba, a la luz cruda del amanecer, con el corazón nostálgico y desilusionado, como beodo al que le aplican el amoniaco..., repitiendo los versos de Manuel Machado:

El alba son las manos sucias  
y los ojos ribeteados;  
y el acabarse las argucias  
para vivir encantados...

Pero mañana a la noche volveremos...”<sup>13</sup>.

El Antiguo Café y Botillería de Pombo es quizás el más conocido y estudiado, gracias a la presencia y dedicación de Ramón Gómez de la Serna y al cuadro *La tertulia del Café Pombo* (1920), de José Gutiérrez Solana.

Con frecuencia se producen etapas de decaimiento en unos establecimientos y de surgimiento en otros, que vienen a sustituir a los primeros, como sucede con el Café de la Montaña, primer centro de la tertulia de Valle-Inclán<sup>14</sup> y su círculo, cuyos componentes luego pasan al Nuevo Café de Levante. Como se sabe, en el primer local mencionado, en 1899, tuvo lugar la disputa entre Valle y Manuel Bueno, de cuya consecuencia el escritor gallego quedaría manco. Lo recuerda así el mencionado biógrafo Fernández Almagro: “Manuel Bueno, según el testimonio del caricaturista Sancha, da un paso atrás y apresta el bastón que lleva. Valle-Inclán instantáneamente toma la botella del agua por el cuello y trata de aporrear a Bueno, salpicando a los circunstantes. El bastón de Bueno cae sobre el brazo izquierdo de Valle-Inclán. Este golpe, sin consecuencias, al parecer, y un “fracaso de cristales”, sustancian la rápida disputa. Pero un gemelo del puño ha desgarrado la muñeca de Valle-Inclán. Éste se despreocupa de lesión tan leve y no se previene sobre la posible infección”<sup>15</sup>. El resto, con el resultado de la amputación del brazo, es bien conocido; Gómez de la Serna añade que “a partir de ese momento sólo pensó el escritor [se refiere a Valle] en poder salir a la calle para matar a su

<sup>12</sup> Rafael Cansinos-Asséns, *La novela de un literato (Hombres, ideas, efemérides, anécdotas). I (1882-1914)*, ed. Rafael M. Cansinos, op. cit., vol. I, pp. 400-401.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 405.

<sup>14</sup> Un acercamiento a este tema, con referencias a la etapa previa gallega del escritor, en José Luis Urreiztieta, *Las tertulias de rebotica en España. Siglos XVIII-XX*, pról. Enrique Tierno Galván, op. cit., pp. 206-217.

<sup>15</sup> Melchor Fernández Almagro, *Vida y literatura de Valle-Inclán*, op. cit., p. 60. El mismo Bueno escribe así de las tertulias de su época: “En aquellas tertulias se hablaba de todo menos de literatura, tema que casi ninguno de los habituales conocía a fondo. Nuestras preferencias iban a la mujer y al honor. La política no nos quitaba el sueño, porque, fuera de Valle-Inclán y de Maeztu, casi todos los demás figurábamos en alguna nómina oficial, como compensación a servicios periodísticos gratuitos o mal pagados. Pero el honor era para nosotros como el clima del espíritu. Todo el que tenía una cuestión pendiente venía a nuestra peña en busca de padrinos. Allí podía permitirse todas las combinaciones; un dramaturgo y un coronel de Caballería; un aristócrata y un poeta; un comerciante y un abogado, porque en la tertulia había surtido de todo. Pepe Sabater nos proporcionaba su quinta para los desafíos, y luego todo el mundo, menos los médicos, que es gente seria, volvía a Fornos a almorzar. En el momento de saldar la cuenta se producían vacilaciones y eclipses personales, porque casi nadie tenía dinero. El culto del honor nos desviaba de toda preocupación económica”, Manuel Bueno, “Palabras al viento... El café literario”, *Blanco y Negro*, 1 de agosto de 1929.

desmochador”<sup>16</sup>, aunque por otros caminos sabemos que ambos personajes acabaron siendo amigos<sup>17</sup>.

Pero normalmente las tertulias literarias eran ámbitos para la convivencia más pacífica y la dialéctica resultaba mejor arma que el bastón o cualquier otro objeto contundente. Ricardo Baroja, asiduo de muchas reuniones de este tipo, da una amplia nómica de participantes, y entre los artistas encabeza la relación con Romero de Torres, tras indicar que los concurrentes se han trasladado de establecimiento: “Así como un ejército –escribe–, por exigencias de la táctica militar o porque se ha agotado las posibilidades de la región, abandona sus reales y se traslada a otros, así nosotros, dejando la horchatería de Candela, nos trasladamos al Nuevo Café de Levante. Estaba situado en la calle del Arenal, en la acera de San Ginés, donde ahora hay un almacén de paños”<sup>18</sup>. Las veladas estaban amenizadas musicalmente por el violinista Abelardo Corvino y por el pianista Enguita, ambos excelentes músicos, en opinión de Ricardo Baroja. Este ambiente musical parece influir en la composición de la tertulia. “Nuestra reunión –continúa Baroja–, por influencia de la música, fue variando. En el Café de Madrid y en la horchatería abundaron los literatos. Después en el Café de Levante, la mayoría eran pintores, escultores, dibujantes y grabadores”<sup>19</sup>.

Señala luego que los artistas de la tertulia pretendían entroncar con el pasado, saltando por encima de lo presente, que se les llamó modernistas, cuando lo más apropiado hubiera sido designarlos con el nombre de arcaístas o futuristas, porque pretendían adelantarse a su época o retroceder a un tiempo pasado. Habla luego del período de apogeo y de los participantes: “La reunión del Café de Levante duró desde el año 1903 al 1916. Un acontecimiento de importancia mundial deshizo aquella cosa tan pequeña: la guerra europea. Nuestro grupo se dividió en germanófilos y francófilos. Durante estos años pasaron por el rincón del café Romero de Torres, Miguel Nieto, Ruiz Picasso, Meifren, Canals, Macho, Penagos, Arteta, García Lesmes, los dos Zubiaurre, López Mezquita, Rodríguez Acosta, Mir, Mongrell, Gutiérrez Solana, Oroz, Moya del Pino<sup>20</sup>, Vivanco, Regoyos, Casas, Ortells, Pinazo, Huerta, Echea, Bartolozzi, Marín el escultor y Marín el dibujante, Sancha, Labrada, Fernández de Soto, Zuloaga, Rusiñol; los mejicanos Zárraga, Montenegro y Ribera; Julio Antonio, Viladrich, Mani, Madariaga, Piñole, los hermanos Oslé, Inurria, todos ellos pintores, escultores o dibujantes.

Entre los literatos contábamos con Martínez Ruiz, Valle-Inclán, Rubén Darío, Pío Baroja, los dos Machado, Mesa, Godoy, Bargiela, Ciro Bayo, Alberti, Corpus Barga, Urbano, Nervo el mejicano, Palomero, Silverio Lanza, Bueno, Sawa, Santos Chocano, Candamo, La Fuente, Nogales, Llovet y algunos más que no recuerdo”<sup>21</sup>.

Más tarde señala que no se trataba de un grupo organizado de intelectuales, sino que

<sup>16</sup> Ramón Gómez de la Serna, *Don Ramón María del Valle-Inclán*, Madrid, Espasa Calpe, 1969, p. 47.

<sup>17</sup> Véase al respecto la tesis doctoral inédita de Gu Sok Chong Baek, *Vida y obra de Manuel Bueno Bengoechea*, Madrid, Universidad Complutense, 1996, vol. I, pp. 62-74, para las relaciones entre Bueno y Valle. También Antonio Cruz Casado, “Manuel Bueno y su visión novelesca del 98” en *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, Madrid, 1998*, ed. Florencio Sevilla y Carlos Alvar, Madrid, Castalia, 2000, vol. II, pp. 150-155.

<sup>18</sup> Ricardo Baroja, *Gente del 98, Obras selectas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1967, p. 57.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 59.

<sup>20</sup> Sobre este interesante y olvidado pintor prieguense son importantes los estudios de Miguel Forcada Serrano, “Moya del Pino: un pintor de Priego en San Francisco de California”, en *Legajos. Cuadernos de investigación histórica del Sur de Córdoba*, Priego de Córdoba, núm. 5, 2002, pp. 61-74, y, del mismo crítico, “José Moya del Pino: nuevas aportaciones”, en *Crónica de Córdoba y sus pueblos*, Córdoba, Cajasur / Diputación de Córdoba, 2004, vol. X, pp. 165-168.

<sup>21</sup> Ricardo Baroja, *Gente del 98, Obras selectas*, op. cit. p. 60.

cada uno mantenía su peculiar visión del arte o de las letras: “En realidad –continúa diciendo–, lo que constituía el nervio de nuestra reunión y el lazo de los que formábamos aquel grupo era la independencia un tanto salvaje de cada uno de nosotros. Por eso las discusiones se hacían interminables. Duraban a veces días y días”<sup>22</sup>. Incluye luego algunas anécdotas, entre ellas el comentario ya mencionado de Valle a propósito de la importancia de las tertulias: “Nuestra reunión adquiriría gran importancia cuando se acercaban las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes. Los divanes del café se llenaban de artistas provincianos.

Los académicos, los consagrados, los profesores de los centros de enseñanza oficial del Arte nos temían como a la peste.

-Vaya usted a todas partes, pero jamás al Café de Levante –dijo un ilustre profesor de pintura a su discípulo predilecto–. Allí se lleva a la juventud a dar contra una esquina.

Muchas veces ha dicho Valle-Inclán:

- El Café de Levante ha ejercido más influencia en la literatura y el arte contemporáneo que dos o tres Universidades y Academias.

Puede ser que don Ramón esté en lo cierto”<sup>23</sup>, concluye el hermano de don Pío Baroja.

Pero volvamos brevemente a los concurrentes habituales del Café de Levante. Entre todos los literatos indicados por Baroja hay escritores de gran valía, otros medianos y otros un tanto deleznable, si es que eso pudiera decirse de cualquier cultivador de las bellas letras; observamos además que de la relación están prácticamente ausentes las mujeres, especialmente las mujeres que pudiéramos considerar más o menos honradas, como es el caso de Carmen de Burgos, Colombine, bien conocida por sus obras literarias y por su relación amorosa con el joven Ramón Gómez de la Serna, al que duplicaba ampliamente la edad, relación que parece ser nunca legalizaron.

Y de algunos de estos personajes tenemos datos de una relación fehaciente con Romero de Torres, como es el caso de la citada Colombine, a la que hizo un conocido retrato, o el gran don Ramón María del Valle-Inclán, o los hermanos Machado, que manifiestan un acentuado aprecio por el pintor cordobés, como se desprende de la dedicatoria de algún poema por parte de Antonio, el titulado “Amanecer de otoño”<sup>24</sup>, incluido en la primera edición de *Campos de Castilla* (1912), o del encendido elogio de Manuel Machado, en su soneto “Las mujeres de Julio Romero de Torres”, perteneciente al libro *Sevilla* (1920), composición que acaba con los versos siguientes:

En este fondo, esencia de flores y cantares,  
 os fijó para siempre el pincel inmortal  
 de nuestro inenarrable Leonardo cordobés<sup>25</sup>.

Cercanos a este ambiente de café madrileño y de tertulia, aunque no mencionados por Baroja en su texto, tendrían que estar diversos escritores, entre los que se encuentran Manuel Carretero, el hermano del más conocido José María Carretero, “El Caba-

<sup>22</sup> Ibid., p. 61.

<sup>23</sup> Ibid.

<sup>24</sup> Manuel y Antonio Machado, *Obras completas*, Madrid, Plenitud, 1957, p. 753. Se trata de un poema breve, paisajístico, en el que destaca la figura de un cazador; quizás el pintor cordobés estuviese interesado en el ejercicio de la caza, o al menos, era amante de los perros.

<sup>25</sup> Ibid., p. 153.

llero Audaz”, cuya obra *El triunfo de la vida (diálogos novelescos)*, (Madrid, Pueyo, 1908), está ilustrada<sup>26</sup> por el pintor cordobés; el bohemio y homicida Alfonso Vidal y Planas, del cual Romero de Torres pinta un retrato, incluido en el libro semiautobiográfico *El pobre Abel de la Cruz* (Madrid, Biblioteca Hispania, c. 1923); el novelista José López Pinillos, “Parmeno”, en cuya obra *Doña Mesalina* (Madrid, Pueyo, 1920) se incluye un dibujo de Julio, o los escritores iznajeños Cristóbal de Castro y Luis de Castro, puesto que del primero y de su hijo, el niño Horacio de Castro, nos ha dejado Romero de Torres sendos retratos, en tanto que de Luis de Castro tenemos dos libros de su corta producción literaria que llevan portada de Romero de Torres: *Rosa mística*<sup>27</sup> (1914) y *El amo. Novela de la vida andaluza* (1922). Cristóbal de Castro recuerda al pintor cordobés en los inicios del siglo XX, recién trasladado a Madrid. “Me parece que lo estoy viendo —escribe—. Entró, flacucho, larguirucho, morenucho, ceceando excusas, tirándose del bigotillo, con ese leve temblequeo de los tímidos indignados.

¿Qué haría si le rechazaban el cuadro? ¿Volverse a Córdoba con el rabo entre piernas? ¿Renunciar a todo? ¿Morirse?

- Ese jurao malange —decía.

Y se estiraba el bigotillo.

Aquel *Jurao malange* fue el de la escandalera, el del motín, el de la pedrea al palacio de Cristal. Rechazó *La musa gitana*, de Romero de Torres, la *Naná*, de Mongrell, y no recuerdo qué otro bello desnudo. Entonces, unos cuantos escritores salimos por los fueros del Arte. Crónicas, encuestas, poesías, caricaturas... Hasta cuplés en los teatros. Hasta visitas a los ministerios...”<sup>28</sup>.

Tras referirse algo más extensamente al conocido episodio, Castro apunta algunos rasgos de la pintura del cordobés que pudieran considerarse acertados: “La escuela de Julio es, sin disputa, magníficamente italiana; pero el alma, profundamente cordobesa.

<sup>26</sup> Creemos que el tema de las ilustraciones de Romero de Torres en libros de la época está poco tratado, aunque él mismo cuenta que uno de sus primeros trabajos pagados fue precisamente para un libro de Eduardo Zamacois; he aquí el testimonio, en una carta a Francisco Gómez Hidalgo, el director de la película muda *La malcasada* (1926), una secuencia de la cual se llevó a cabo en el estudio madrileño de Romero de Torres, mientras éste pinta a María Escobar, en presencia de Valle-Inclán, con intervención de diversos personajes de la época: “Querido Paco: El amigo Zamacois contó en *La Tribuna*, hace algunos meses, que acababa de llegar yo a Madrid por vez primera, para luchar, me encargó un dibujo para un libro suyo.

No nos conocíamos entonces él y yo, y cuenta que una tarde de domingo, que casualmente me encontré en la calle de Alcalá, al preguntarme qué me debía por el trabajo, yo le dije:

- Lo que usted quiera... un duro...; pero pronto, porque me voy a los toros.

Ése fue, sin duda, el primer duro que gané en mi vida. En cuanto a la primera peseta...

Como nadie habría de desmentirme, yo podría fantasear un poco y decirte que la gané cantando flamenco en Roma o en París o trabajando en las minas de Linares o La Unión; pero, chico, con estas declaraciones que se destinan a la posteridad soy muy respetuoso.

Te abraza tu amigo Julio Romero de Torres”.

Francisco Gómez Hidalgo, prólogo y encuesta, *¿Cómo y cuándo ganó used la primera peseta?*, Madrid, Renacimiento, 1922, pp. 88-89. Para la película antes indicada, cfr. José Luis Borau, dir., *Diccionario del cine español*, Madrid, Alianza, 1998, pp. 533-534.

<sup>27</sup> En la portada de esta novela aparece el retrato de un monja, que creemos una reproducción del original que Romero de Torres regaló a su hermano Cristóbal, con motivo de su boda, y que salió no hace mucho tiempo al mercado de arte madrileño. Más conocido es el cuadro que aparece en *El amo*.

<sup>28</sup> Cristóbal de Castro, “Romero de Torres, el pincel puñal”, *Blanco y Negro*, 21 de julio de 1929. El mismo texto aparece, con el título de “Romero de Torres o el puñal”, en el libro del iznajeño, *Vidas fértiles*, Madrid, Castro, 1932, p. 205; por cierto, que aparece cierta (auto)censura en el texto último, puesto que en lugar de decir “otro bello desnudo”, indica simplemente “otro desnudo”; en muy pocos años el desnudo ha perdido su belleza.

No andaluza, risueña, con flores en el pelo y faralaes en el vestido, sino andaluza absorta, melancólica, embebecida... Nada para lo exterior. Todo para el mundo interior”<sup>29</sup>, *ibid.*

Y también en estos ambientes tertulianos, en ocasiones un tanto prostibularios, se moverían algunas de las modelos de Julio Romero, como la escritora y luego modelo de diversos cuadros Adela Carbone, la cuñada de Cristóbal de Castro, el cual estaba casado con la actriz Mary Carbone de Arcos, desde 1911. Adela se inicia en la literatura rosa de principios de siglo con algunas novelas breves, entre las que se encuentran *El crimen de Lotino* (1917)<sup>30</sup>, *La huella* (1918)<sup>31</sup>, *La hermanastra* (1919)<sup>32</sup> o *El amigo ahorcado* (1920)<sup>33</sup>; también es conocida como ilustradora, como puede verse en el relato *Flérida* (1913)<sup>34</sup>, de su cuñado Cristóbal de Castro, o en las ilustraciones que incluye en su propia edición de *El crimen de Lotino*; se trata de ilustraciones de mediana factura, un tanto sincopadas, en las que se aprecia ocasionalmente la huella del dibujante inglés Aubrey Bearsdley. Pero sobre todo Adela es actriz de teatro, como se pone de manifiesto en una entrevista que le hace “El Caballero Audaz”, José María Carretero Novillo, y actriz de cine; en este apartado sabemos que es prácticamente la protagonista de cintas del cine primitivo español, como *Aventuras de Pepín* (1909) o *El fantasma del castillo* (1911), y que figura hasta 1960, en el papel de personajes secundarios de conocidas películas, entre las que se incluyen *La Señora de Fátima* (1951), *Jeromín* (1953), *Amanecer en Puerta Oscura* (1957) o *El ruiseñor de las cumbres* (1958). Incluso se atreve a poner prólogo a una obra de marcado carácter erótico, casi pornográfico, en la línea de algunas novelas de Álvaro Retana, en la que se trata tempranamente el tema del lesbianismo; nos referimos a la novela *La señorita de la boca grande* (1925), de Pedro Massa u Óscar de Onix.

Otros periodistas o escritores de la época nos transmiten más datos sobre la presencia de Romero de Torres en los círculos culturales o de simple supervivencia de la capital de España. Es lo que sucede con El Caballero Audaz que nos habla de los primeros años del pintor en Madrid: “Evoqué—escribe— durante unos segundos el momento a que nos referíamos. Sí, fue en casa de Próculo. Durante más de un cuarto de siglo, la casa de Próculo tuvo un halagador prestigio en el Madrid bohemio, artístico y literario. Era y es una tabernita al modo clásico: techo bajo, mostrador de cinz, taburetes de madera y amplia trastienda, cuyos adornos eran largas repisas con frascos de vino y botellas de gaseosa. Rincón famoso para comer modestamente, por su limpieza y por sus comidas sustanciosas y, sobre todo, por su increíble baratura”<sup>35</sup>. Añade que el cubierto costaba una peseta y diez céntimos y que allí comían también Valle-Inclán, Zamacois, Ricardo Baroja, Penagos, el escultor Julio Antonio, Joaquín Dicenta, etc.

Esta miseria de los años iniciales, “años de miseria y de risa”, los llamó en sus memorias Eduardo Zamacois<sup>36</sup>, se ven recompensados luego por el éxito y la fama del

<sup>29</sup> Cristóbal de Castro, “Romero de Torres, el pincel puñal”, *Blanco y Negro*, op. cit.

<sup>30</sup> Adela Carbone, *El crimen de Lotino, Los Contemporáneos*, 9 de febrero de 1917.

<sup>31</sup> *Id.*, *La huella, Los Contemporáneos*, 23 de mayo de 1918.

<sup>32</sup> *Id.*, *La hermanastra, Los Contemporáneos*, 29 de mayo de 1919.

<sup>33</sup> *Id.*, *El amigo ahorcado, Los Contemporáneos*, 4 de noviembre de 1920.

<sup>34</sup> Cristóbal de Castro, *Flérida, El libro popular*, 28 de enero de 1913.

<sup>35</sup> “El Caballero Audaz” [José María Carretero y Novillo], “Julio Romero de Torres”, en *Galería. Más de cien vidas extraordinarias contadas por sus protagonistas*, Madrid, ECA, 1949, tomo I, p. 42. Sobre este periodista y novelista erótico, cfr. Antonio Cruz Casado, “José María Carretero Novillo, “El Caballero Audaz” (1888-1951) y la novela erótica”, en Manuel Galeote, ed., *Andalucía y la Bohemia Literaria*, pról. Lily Litvak, Málaga, Arguval, 2001, pp. 69-96.

<sup>36</sup> Eduardo Zamacois, *Años de miseria y de risa. Autobiografía, 1893-1916*, Madrid, Renacimiento, s.a.

pintor, que habita finalmente un estupendo estudio en una céntrica calle madrileña: “El estudio –comenta también El Caballero Audaz– ocupa un amplio ángulo en la magnífica casa que en la calle de Fernando VI, esquina a Pelayo, posee el famoso dentista de S. M. el Rey, Florestán Aguilar, tan entusiasta admirador del insigne artista cordobés, que al plantar el edificio hizo construir este estudio magnífico con el solo objeto de que en él tuviera su hogar de trabajo Julio Romero de Torres.

Es realmente espléndido –continúa diciendo el periodista montillano–. Muebles de severo estilo español. Tapices, cortinas de Damasco, jarrones de loza talaverana, rica alfombra sobre el “parquet” y, como el mejor adorno, lienzos del maestro que cuelgan de las paredes y se muestran en caballetes”<sup>37</sup>.

Pero hasta conseguir la fama, cuánta bohemia famélica, cuántas noches de crápula, cuántas semanas de trabajo ante el lienzo de turno, cuánto cansancio acumulado en el cuerpo y en el alma. En los últimos años Julio confesaba al periodista César González-Ruano que necesitaba descansar. “Julio Romero era un gran *cansao* –dice el periodista en su artículo necrológico–. Hace unos meses que me lo decía en su estudio de la calle de Pelayo, junto a los braseros enormes, cerca de la vitrina donde él guardaba estoques y capotes de Lagartijo, sentados los dos con una chavala morena, que envolvía su cuerpo en un abrigo del pintor.

- Estoy cansado. Me cansa Madrid y me cansa Córdoba.

- ¿Adónde se va usted, entonces?

- A París. Me cansa esto; además...”<sup>38</sup>.

Y así fue que, con excesiva premura, vino la muerte a llamar a su puerta, como diría Jorge Manrique, la muerte andaluza, según el término de González-Ruano. “La muerte andaluza, silenciosa, cargada de nostalgia de vida, de la vida de las callejas de Córdoba, la muerte, que no es mucho más –ni mucho menos– que un sueño de verano a la sombra de la fábula andaluza, y una bocanada de sol y resol de manzanilla”<sup>39</sup>.

Y a todo esto, ¿qué importancia tuvieron las tertulias madrileñas en la formación del pintor cordobés? Sin que podamos cuantificar algo tan sutil, ni determinar las vivencias que Romero de Torres tuvo con su frecuentación, allí donde sólo había palabras volanderas que nadie transcribió, nos parece seguro que el horizonte del artista se ensancha en la capital, que los contactos con otras mentes privilegiadas del momento (escritores y pintores) le abren vías por las que luego va a transitar de forma personal, que las corrientes europeístas finiseculares y de comienzos del XX llegan a su espíritu con más fuerza y sugerencia que si hubiera permanecido residiendo bajo el cielo tranquilo de su provincia natal, que la difusión de su obra tiene allí en Madrid un magnífico palenque, un foro excepcional proyectado hacia toda la península, hacia todos los lugares de la tierra civilizada, y que, incluso si tenemos en cuenta el tema práctico, los contratos de cuadros, las exposiciones, las críticas, buenas o malas, tienen en la ciudad de la Cibeles una facilidad y una resonancia que no se encuentran en otros lugares. La existencia bohemia, pobre e incomprensida de los primeros años del joven provinciano cordobés se troca luego en la dulce fama que lo catapulta por encima del espacio y del

(pero 1924). Sobre este escritor cfr. la importante tesis doctoral, inédita, de Sang Joo Hwang, *Vida y obra de Eduardo Zamacois*, Madrid, Universidad Complutense, 1996, vol. II, p. 439, para las referencias de sus obras autobiográficas.

<sup>37</sup> “El Caballero Audaz”, “Julio Romero de Torres”, en *Galería*, op. cit., pp. 41-42.

<sup>38</sup> César González-Ruano, “Julio Romero de Torres sentía llegar la muerte y la llamaba *cansancio*” (18 de mayo de 1930), en *Obra periodística (1925-1936)*, ed. Miguel Pardeza Pichardo, Madrid, Fundación Mapfre, 2002, p. 155.

<sup>39</sup> *Ibid.*

tiempo. “El Destino fue, en cierto modo, piadoso con el hermano artista –señala El Caballero Audaz-. La muerte se lo llevó en plena gloria, en plenas facultades. No sufrió la amargura de esa agonía lenta que son los ocasos de los triunfadores de la vida...”<sup>40</sup>.

<sup>40</sup> “El Caballero Audaz”, “Julio Romero de Torres”, en *Galería*, op. cit., p. 48.